

jicit ampulas, et sexquipedalia verba; y porque lo cierto es, que son espanto de los ignorantes y risa de los cuerdos, pues con ellas se falta á la dulzura y al número, y mezcladas después con obscuridad, hacen intolerable la locucion y aborrecible la sentencia; y los que usan este modo de escribir dicen que son sus versos eressos, y engañanse, porque no son sino erizados; y si en un jardín hubiese mucha variedad de flores, es, sin duda, que faltándole la luz y claridad del día, no se verian ni lograrían, aunque tuviesen en sí la hermosura natural, que no se aparta dellas; ¿qué será, pues, en los versos, donde faltando el lustre natural y careciendo de la perspicuidad que los hace inteligibles y hermosos, y particularmente saliendo á juicio de todos, y faltándoles la energía con que sus autores suelen representarlos diciéndolos, como advierte san Agustin de los filósofos gentiles: *Buccis concrepantibus ventilantes?* Y esta diligencia no les vale después que salen de su mano y de su representacion; y como todos los estilos están viciados, reconoció esto un moderno, en crédito y abono de la claridad con que escribe, y dijo, usando del adagio y propiedad latina: *Nec dedi opera, ut omnia quaestionum Meandris perinde, atque sorites chrisipaci essent intricata, aut reconditorum verborum foetoribus suffarcinata;* y de los que no entendieren el peso deste juicio, alcanzaré lo que pretenden los que escriben con obscura novedad, queriendo ser admirados y no entendidos. Este error ha lastimado á todas las edades, habiendo en el idioma legítimo muchas bastardías, como dice Suetonio en una carta que refiere de Augusto á Marco Antonio, que escribia con esta afectada confusion, hablando de Augusto, que dice así: *Praecipuam curam ducebat sensum animi quam apertissimè exprimere ipsum, quae Antonium, seu insanientem increpabat, quod ea scribere vellet, quae mirarentur potius homines, quam quae intelligerent* Y la culpa de pasar este engaño en nuestro siglo, nace de la presuncion de la ignorancia, que juzga que lo que ella no alcanza es de tan superior estimacion, que es corta toda alabanza que en su calificacion se gastare; esto quiso decir Aulo Gelio en sus *Noctes Atticas*: *Obscuritates non assignandas culpae scribentium, sed inscitiae non assequentium;* y al fin quieren que los ignorantes los alaben como si los entendiesen; y los que saben, como si ellos se declarasen y lo mereciesen.

Tambien aborrecí con particular cuidado los hiperboles imposibles, porque son de grave culpa en lo épico; y la razon es clara, porque si consiste su ser en la imitacion de lo natural, no puede haber semejante error como proponer á la imitacion un objeto, que por su naturaleza es increíble y por su disposicion ridiculo.

En todo este poema y su contexto, ni se alteran los tiempos, ni truecan las acciones, prohibiendo á unos las guerras que hicieron otros; con que tendrá menos en que reparar quien se hallare con ánimo de censurarle.

Y aunque se imprime ahora, há muchos años que está escrito y visto por personas que se pudieron aprovechar de lo que yo primero tuve trabajado en él.

NÁPOLES RECUPERADA.

CANTO PRIMERO.

ARGUMENTO.

De España deja la querida tierra Alfonso, y lleva con su armada errante A Nápoles rebelde luto y guerra. Fenisa llora el fugitivo amante; El mar sus lenos en Mecina encierra; Vuelve al peligro el capitán constante, Parte á Gaeta, y en su fe seguros, Se atreven sus guerreros á los muros.

Aquel glorioso capitán hispano, Que á fuerza de sus armas peregrinas Bebí con menosprecio del tirano Las aguas del Sebeto cristalinas: Triunfos que honraran el blason romano Y sus banderas célebres latinas, Empresas que al valor y al tiempo exceden, Cantar pretendo, si cantar se pueden.

Divina musa, que en eterna lumbre Piadosa vives la region quieta, Eleva ahora la mortal costumbre, Y el plectro sienta tu virtud secreta; No pido aliento á la profana cumbre, De espíritu gentil vida imperfecta, Un fuego si que vuelva el pecho mio, Osado, ardiente, de cobarde y frio.

Admite; oh gran Filipo! de mi pluma El justo ruego y turbacion debida, Pues no recelan que la edad consuma Del ambicioso don la inculta vida; De empresa tanta es fuerza que presuma, Y á tus piadosas manos ofrecida, En ellas, la humildad que yo le enseñé Será soberbia justa de su dueño.

Por tí de entrambos mundos la corona Vida recibe en siglos inmortales, Que el número de cuatro perficiona El ser de los compuestos naturales; Y el cielo fiel, que tu grandeza abona, Transfiere de los rayos celestiales En tí la obligacion, lustre y decoro, Y el cuarto asiento del planeta de oro.

Y pues del sol igualas el cuidado, Y las violencias solas otomanas Retienen de tu imperio venerado De Cristo Dios las prendas soberanas; Las aguas bebe del Jordan sagrado, Y haré, invocando sus espumas canas, Al son de mas gallardos instrumentos Cantar las musas y parar los vientos.

Segura entonces Palestina hermosa La fe de sus antiguos moradores Producirá constante y religiosa, Sin miedo de insolentes opresores; La Iglesia universal, madre piadosa Volviendo su ganado á los pastores, Sacará, renovando las tiaras, En paz dichosa sus reliquias caras.

Aquí consagro el plectro á los blasones De tu glorioso nombre eternamente, Y las remotas bárbaras naciones, Emulacion forzosa de tu gente; Edades largas de opulentos dones Vestirán, tributarios del Oriente, Tus aras, sustentando en vivo ejemplo La fe su amparo, y la piedad su templo.

Cantar del Quinto Alfonso en tanto quiero El celo santo, el ánimo robusto, Y si soberbio y grave al pueblo fiero Acrecentó el romano el mes agosto; Cuando el valor entonces lionjero Amó el agravio del poder injusto, Yo haré crecer, si tu favor me inflama, Años al tiempo y siglos á la fama.

Rompí sus grillos de cristal la nieve, Doblando el curso de las aguas frias, Y el sol torciendo su carrera breve, Vistió las sombras y alargó los dias. El viento apenas las coronas mueve De las robustas ayas y sombrías, Abril mostrando su ingeniosa mano En el primer dibujo del verano.

Cuando resuelto en su dorada popa Alfonso dió sus lenos al amigo Del argonauta, robador de Europa, Y de su justo llanto fiel testigo; Las fieras armas, la preciosa ropa, Que del contrario son premio y castigo, Recibe el mar y se apareja el viento, Que dió á las velas su forzoso aliento.

La antigua Barcelona se miraba Vestida de colores y plumajes, Y el mar suspeso y mudo le robaba Sus fuertes pechos y lucidos trajes; Igual respeto su valor llamaba, Haciendo á tantas lágrimas ultrajes En la comun y triste despedida, Primer ensayo de perder la vida.

La anciana madre al hijo representa Su edad en los umbrales de la muerte, Del frágil techo la vecina afrenta, Que anuncia entre las lágrimas que vierte; La viuda esposa lastimada cuenta Pasados gustos que el dolor convierte En siglos largos de inmortales daños, Y en tristes horas sus alegres años.

Entre lucientes ondas la madeja, Honesta envidia del metal de Arabia, Al viento presta la sentida queja, Y al suelo entrega la violenta rabia; Su blando oficio cudicioso deja, Y al dueño injusto, que el dolor agravia, No lleva el viento, por coger el oro, Las tristes nuevas del amargo lloro.

Ya de los pechos, sin piedad distintos, Los hijos esperando el dulce fruto, Pagaban con suspiros indistintos A su desdicha natural tributo; Y entretejiendo estrechos laberintos, Con los autores sordos de su luto, Lloran su mal forzoso, y las orejas Ni ablandan voces ni lastiman quejas.

Sucesos lamentables de la guerra
Repite la elocuencia lastimada,
Y el fin dudoso que el amor destierra
Del caro albergue de su patria amada;
La que pasión de amor oculta encierra,
Al filo se condena de una espada,
Fingiéndose en sus amores el sentido,
Sin fe al troyano, y sin ventura á Dido.

Apenas entre el humo y el estruendo
Oír pudieron la postrera señal,
Cuando las blancas alas descogiendo,
Camino el mar á su valor enseñan;
Y la vagante selva dividiendo
Mudables campos, el favor la empeña
Del blando viento á penetrar las olas,
Lisonjas de las playas españolas.

La vista poco á poco se destierra
De los paternos montes desiguales;
Huye ligera la pesada tierra
A las veloces máquinas navales;
Amor comienza su importuna guerra,
Y el mar escucha sus llorados males,
Y si las ondas llevan sus enojos,
Ellos las llevan dentro de sus ojos.

Fenisa, en tanto que del viudo techo
Perdió la fugitiva compañía,
Las manos tuerce, despedaza el pecho,
La luz maldice del cansado día;
El rostro hermoso en lágrimas deshecho,
Con voz cansada, temerosa y fría,
El leño llama que á Gerardo esconde,
Y el mar con tristes ecos le responde.

Sobre una parda y erizada roca,
En quien del agua el impetu frecuente
En arco deja el límite que toca,
Y sobre el blando mar corvo y pendiente;
Con sus amargas lágrimas provoca
Las sordas aguas al dolor que siente,
Y al viento pide que en el mar acabe
El enemigo curso de la nave.

«Espera, ¿de quién huyes? te pregunta,
Injusta tabla, que mi vida llevas:
De fiera pena rigurosa punta
Tus bandas rompa con lloradas pruebas.»
La esposa triste de la armada junta,
Apenas pierde las dudosas nuevas,
Cuando con el vestido y con la mano
Volver la nave procuraba en vano.

«¿Dónde caminas, dice, qué procuras,
Fingido esposo, burlador amante?
Que si las ondas surecas mal seguras,
Yo el mar de tus mudanzas inconstante.
¿No ves que entrambas vidas aventuras?
Vuelve, y tendrás quietud dulce y constante,
El cuerpo paz, el desengaño calma,
Los ojos mares, y lucero el alma.»

«¿A qué región desierta, inhabitable,
A qué lugar tan lóbrego y sombrío
Irás la infame vida miserable
Que no le ofenda el triste llanto mío?
El mar imitas, desleal, mudable:
Triste de mí, que cuanto más porfío,
Dan á los remos fuerza tus cautelas,
Y viento mis suspiros á las velas!»

«Castigue el cielo la ambición primera
Por quien la vida al piélago se ofrece,
A merced de una tabla lisonjera,
Que á todos vientos tímida obedece;
Y quien primero á la inconstancia fiera
Su leño encomendó, que ocioso crece,
Dando del soplo alegre sacudido,
Al campo sombra, y á las aves nido.»

«Mejor fueras, oh pino vagabundo,
Vestido de hojas en el monte alto,
De el sol ardiente vencedor fecundo,
Que tronco estéril, pié de un fugitivo;
Si á los soberbios brazos del profundo
La vida entregas donde ausente vivo,
Bien es que muerta por tu reino siga
Al dueño injusto que á morir me obliga.»

Esto diciendo, despeñar intenta
Al mar suspenso el cuerpo fatigado:
Venció la injusta fuerza de su afrenta
Al femenil temor desacordado;
Cuando el confuso vulgo que lamenta
El fin de su tragedia desdichado,
La muerte impide y el furor amansa;
Fenisa solo con llorar descansa.

Las vagas ondas á compás azota
El ancho pino con igual concierto,
Siguiendo todos su fatal derrota
Por mar dudoso y por camino incierto;
Ni ver nacer las sombras alborota
Del lago el insolente desconcierto,
Ni ver que á su región desierta y fría
Bajar pretende á descansar el día.

Iban las velas cóncavas hinchadas,
Siendo del sol los últimos espejos,
Del blanco soplo llenas y engañadas
Cambiantes con la luz de los reflejos;
Y las alegres ondas argentadas
También corrían, por llegar de lejos
A besar con quietud dulce y propicia
Los piés que dió los hombres la cudicia.

Aun no mostraba la luciente luna
Cenido el medio rostro de nublados,
Cuando sin descubrir lumbre alguna
Bajaron brevemente desatados;
Creció de suerte el agua, y la importuna
Fuerza del mar y el viento conjurados,
Que algun asalto á competir con ellas
Temieron de sus montes las estrellas.

En sierras de agua repastaba el viento
El blanco ganadillo que detiene,
En tanto que con nuevo movimiento
Con ellas mismas despeñado viene;
Los ojos del luciente firmamento
La negra sombra tan obscuros tiene,
Que apenas, porque el mar turbado vea,
Alguna escasa lumbre centellea.

Tormenta nueva sin piedad respira
El Enro que las ondas azotaba,
Y el frágil bosque sin concierto gira,
Que ya su fin sin resistir lloraba;
Gime el piloto, el comitres suspira,
Y el árbol mas robusto se quejaba,
Al soplo tan rendido y á las olas
Como en el campo espigas y amapolas.

El aire con relámpagos se enciende,
Con largos truenos resonaba el cielo,
La misma luz con el temor ofende,
Y el fuego engendra con los rayos hielo;
La escota caza, la relinga prende,
Quien no salió jamás del patrio suelo,
Y en el furor que á todos sobresalta,
Al mar vuelven el mar que los asalta.

Los últimos remedios no consiente
La ciega obscuridad triste y lluviosa,
Las voces roba el aire diligente,
Y aplica á su insolencia victoriosa;
Mas no descansa el trabajar frecuente
De la oprimida gente temerosa
En naves y galeras destrozadas,
De indiestros Palinuros gobernadas.

El mar embiste la siniestra banda
Del leño invitado domador del mundo,
Y al cielo llaman, que con pasos anda
Tan lentos cuanto leves el profundo;
Allí sin orden la fortuna manda,
Y de su injuria el impetu segundo
Del fiel costado penetró el abrigo,
Y dió forzoso paso al enemigo.

Y el viento que le impele con bramidos,
Tras él de suerte sin piedad se arroja,
Que entena y árbol de su fin rendidos,
Gimiendo le mostraron su congoja;
Deshace los reparos prevenidos,
Y con furor indómito despoja
De su amistad antigua la maderera,
Que ya divide y consumir espera.

Y en breve tiempo el vulgo certifica
Que ve la gran Sicilia montuosa,
Patria de fuego y de cosechas rica,
Y en mil antigüedades fabulosa:
A su quietud sin detenerse aplica
Alfonso la derrota peligrosa,
Por ver seguro en su querida tierra
Las caras prendas de la antigua guerra.

La furia de Neptuno sosegada,
Y en paz segura la fatal ruina,
Por mar tratable procuró la armada
Tomar el ancho faro de Mecina;
Del viento favorable gobernada
A las amigas márgenes camina;
Corona luego su naval concierto
El hospedaje pródigo del puerto.

Llevó las mas el húmedo elemento
A tierra, sin gobierno en los forzados,
Las popas retiradas de su asiento
Y los robustos mástiles troncados,
Sin velas, que el usado movimiento
Prestasen á los remos destrozados;
Cuál sin temor, que á su remedio importe,
Ni busca el puerto ni conoce el norte.

Apenas sus orillas abrazaron,
Libres del mar, los pálidos devotos,
Cuando en concurso público ordenaron
El breve fin de los sagrados votos;
Y los que entre las ondas consagraron
Su vida á los sagrarios mas remotos,
Con mas aliento del naufragio tratan,
Y el justo voto sin temor dilatan.

Olvidase la ofrenda que se debe,
Imitación del árbol del navío,
Y el bronce, que descubra en su relieve
Del mar airado el insolente brío;
Ya la culpable dilación se atreve
Al sacro voto, religioso y pio,
Que se ofreció con miedo en la tormenta,
Y en tierra agora sin cumplir se cuenta.

Teniendo pues sus armas en sosiego,
Y en paz ociosa su guerrera gente,
Que alguna vez con atrevido ruego
Término pide al ocio negligente,
Su armada quiere que se apreste luego,
Alfonso, lastimado y diligente,
Y armas, aprestos, máquinas y asombros,
Del mar sintieron los cansados hombros.

La negra noche, desigual aurora
De gustos, pesadumbres y reposo,
Recogió las tinieblas á deshora,
Que huyendo parten del planeta hermoso;
El dulce lecho desprecia la aurora,
Causada de los brazos de su esposo,
Y tienden por los aires á porfía,
El alba perlas, y su luz el día.

Cuando en un campo alegre y dilatado,
A trechos de altos árboles cenido,
A quien diciembre rígido y helado
Jamás le roba el natural vestido,
Estaba el fiero ejército formado,
Atento, valeroso y prevenido,
La señal procurando que ordenase
Que al mar soberbio sin tardar marchase.

En tanto el sol de la celeste esfera,
Con el acero rígido contiene,
Y del su luminosa primavera
Dudosos rayos por el aire tiende;
La vista teme que su luz primera
Celeste llama consumir pretende,
Pues muestran con vistosa pesadumbre
Fuego en las armas, y en los aires lumbre.

Cambiante se estrechaba en los cristales
De la luciente espada fulminosa,
Turbando de las armas los iguales
Realces de la mano artificiosa;
Miraba, no en tributos naturales
Céres, de sus ofrendas cudiciosa,
En vez de las espigas coronadas,
De altivas astas mieses erizadas.

Las aves de Alción su triste canto
En las desiertas playas comenzaban,
El mal cantando y el funesto llanto
Que en la pasada injuria se acordaban;
Los roncacos argonautas entre tanto
Del cielo las deidades invocaban,
Y el viento con soberbio desatino
A la conforme voz cerró el camino.

Requieren por las ondas divididas
Los mudos peces la región obscura,
Y en sus moradas turbias conocidas
Ni encuentran peñas ni quietud segura;
Juzgando de sus glorias prometidas,
Suspenso el fin que conseguir procura,
El cielo Alfonso con piedad invoca
Del mar y viento en la contienda loca.

«Padre comun, que el mundo á tu gobierno
Con decreto inviolable sujetaste,
Y en tu divina idea y ser eterno,
Las dos constantes máquinas formaste;
Dividiste el verano del invierno,
Sol, día, luna y noche fabricaste;
Con justa ley en sus enojos pones
Freno á los vientos, y la á mar prisiones;

«Si en el desierto mundo al patriarca,
Segundo poblador del solo imperio,
Libró tu diestra cuando hurtaba el arca
Al corvo pino el propio ministerio;
Si al medroso colegio que en la barea
Temió el suceso y ofendió el misterio
De aquella nave, á quien el mundo alfige,
Que vela Pedro, y por tu norte rige;

«Piadoso humilla del soberbio Egeo
La frente, que á los cielos se avecina;
Camine el sol, pues descubierta veo
La blanca estrella de su luz vecina;
Que si paró del vencedor hebreo
Al fuerte ruego por piedad divina,
Tu eterna y justa mano nos iguale,
Si aquí, Señor, para el vencido sale.

«Dos y tres veces venturosos fueron
Los que entre alarbes bravos y andaluces
Del Ebro al Bétis con valor tinieron
Con nueva sangre las hermejas cruces.»
Dijo, y mirando al cielo descubrieron
Brillando alegres sus eternas luces,
Diciendo al mar el horizonte solo
Que ya quería despertar Apolo.

Con menos miedo la confusa arena
Las ondas insolentes recibía,
Y el mar cansado con quietud serena
En las desiertas playas se tendía;
Besando el agua la fatal cadena,
La gran conjuración se dividía,
Con que llegar al sol quisieron antes
Sobre montes de sal vientos gigantes.

El campo Febo del Oriente deja,
Y en los frondosos valles y sombríos,
Tendiendo de pinceles la madeja,
Pintó las selvas y doró los ríos;
Y alegre viste, cuando mas se aleja,
De la difunta sombra los vacíos,
Cuando les dió el sosiego victorioso,
Al viento sueño, y á la mar reposo.

Con mas presteza la turbada gente,
Con nuevo aliento y ánimo gallardo
Acude á su ejercicio diligente,
Libre del miedo perezo y tardo;
La tierra mira que oprimida siente
Iguales sacros del isleño sardo,
Y della entre las ondas atraviesa,
Por no avisar la sierra ginovesa.

Ni quiere de Toscana que en los puertos
Sus rotos leños repararse puedan,
Ni del romano Tíber los abiertos
Brazos seguro albergue le concedan;
Cortando blanca espuma en los desiertos
Campos del mar de Italia, hinchados vedan
Al viento el paso los deshechos linos,
Que en sal rompieron al valor caminos.

Caliente deja el perezoso lecho,
Prueba á los miembros el despojo usado
El celtibero indómito, que el pecho
Tiene de antiguas glorias ocupado;
Muestra el osar vestido del provecho,
Seguro el fin y favorable el hado,
Mirando en desigual concierto juntas
El cielo escuadras de aceradas puntas.

A Pedro, invicto jóven, obedece
Con fe constante y ánimo robusto
La noble gente que Aragón ofrece
Al fiel efecto de su intento justo;
También la que los muros ennoblece,
Que el nombre guardan del piadoso Augusto,
Siendo su adulación grabada en bronce,
Honor agora, si lisonja entonces.

Sin ella sus pendones y banderas
Inculca sigue la feroz montaña,
Que las francesas armas extranjeras
Doma en el margen último de España;
Donde las atrevidas llamas fieras
Con ciega furia, con violenta saña
El cuerpo de Pirene consumieron,
Y al duro monte su renombre dieron.

Eran diez mil, y con Urgel gallardos
Cuatro mil catalanes se descubren,
De cuyas manos arrojados dardos
La luz forzosa sin piedad encubren;
En yeguas moras y en caballos sardos
Mil hombres de armas los costados cubren
Del escuadron, que el sol amenazaba
Con los temidos hijos de su aljaba.

Pasaban los navarros belicosos,
Siguiendo en Juan la luz de su fortuna,
En su nativo esfuerzo vitoriosos
De cuanto gira el curso de la luna;
Eran tres mil los pechos animosos,
Que en la primera cama de la cuna
Inclina por estrella ó por oficio,
Sangriento Marte, al trágico ejercicio.

A Enrique de los muros de Valencia
Siguen seis mil en la dudosa suerte,
Cuyo valor armado de experiencia,
Ni amó la vida, ni temió la muerte;
Compuestos en gloriosa competencia,
Con brio juvenil, robusto y fuerte,
Sus nobles generosos caballeros
Vuelven al sol su luz en los aceros.

Así pasó su muestra diligente,
En iguales hileras dividido,
Aquel concorde ejército impaciente,
Del inconstante reino detenido;
A Hesperia ofrece la indomada gente
Mas sangre del tirano aborrecido,
Que Roma vió con pérdida de Italia
En los funestos campos de Farsalia.

La ambición animosa de la guerra
Ordena y justifica la partida;
Dejan los mas la favorable tierra,
Y al mar entregan la cansada vida;
Recela la experiencia que se yerra,
Si en la gloriosa empresa inadvertida
Muestra al suceso la fortuna avara
Segunda vez la vengativa cara.

Juntando pues los viejos consejeros
De acciones atrevidas resistencia,
Pues nacen los consejos verdaderos
De quien enseña el tiempo y la experiencia,
Sentándose por orden los primeros,
Dando á la voz la suspensión licencia,
Alfonso dijo con templanza mucha
Al viento y al consejo que le escucha:

«En larga guerra con prolijos males,
Mis compañeros fuisteis y mi ayuda,
En fe de una adopción, como leales,
Que dió una reina, que cumplirla duda;
Llamóme, despidióme en sus umbrales
Con trato vil, que su palabra muda
Un senescal, que á mi pesar pregona
Por sucesor Anjous de su corona.

»Segunda vez con ánimo sencillo
Su rey me llama el pueblo conjurado,
Cuando rendi con vengador cuchillo
Al Sardo, justamente castigado;
Neguéme á sus fieles por caudillo,
Temí el engaño de su error pasado,
Mas ya su atrevimiento y mi fatiga
Me ordenan que esta empresa se prosiga.»

Dijo, y al punto aspiran, satisfechos
Todos á la victoria que prometen
Su honor, su capitán, sus nobles pechos,
Que el tiempo y Marte es justo que respeten;
Dejar quisieron los amigos techos,
Por no esperar que algunos interpreten
Lo que es acierto con el nombre vario
Que da al valor el medio de ordinario.

Mas Nava, fuerte y venerable viejo,
El mas prudente en experiencia larga,
De cuantos llevan con igual consejo
Del fiel consejo la pesada carga,
Siendo forzoso y respetado espejo,
A quien la edad el desengaño encarga,
Les dice á los que aceros y astas vibran
Y el fiel consejo en los aceros libran:

»¿Qué destino fatal la rienda suelta
Arrastra vuestra furia acelerada,
Sin advertir del tiempo la revuelta,
Amada tantas veces y llorada?
Dicha es de muchos la ordinaria vuelta,
Que tiene su inconstancia deseada,
Que á no tenerla, con razon seria
El bien de los dichosos tiranía.

»Reiner, duque de Anjous, tiene ocupados
Del reino los presidios de importancia,
Con muros y defensas tan guardados,
Que sobra el juvenil furor de Francia;
No pueden ser por sitios conquistados,
Ni con marcial fatiga su ganancia,
Y cuanto vuestras armas pretendieren,
Con no tomarlas gozarán si quieren.»

»Tentar el hado es bárbara locura
Con breves fuerzas, en ajena tierra;
Y el vencedor ejército, si dura,
Con la victoria misma se destierra;
Y si el valor y resistencia dura
Deja neutral la peligrosa guerra,
Guardado de sus techos sin castigo,
Con no perderlos, queda el enemigo.»

»Pues si de Quinto Fabio en la tardanza
Forzoso ejemplo afecta la osadía,
Y con remisas armas la venganza
Tomais con dilación de su porfía,
El vió que el africano su esperanza
A los paternos campos oponía,
Donde sin dueños guardan obligados
El logro de sus meses los arados.

»Por rey su errado vulgo le recibe,
Sus nobles pierden las amigas vidas;
Reiner á su defensa se apercibe
Y ellos á ser por él de si homicidas.
Francia en sus pechos generosa vive,
Las armas celtiberas abatidas,
Y el pueblo con cabezas principales
Es tan osado como son leales.

»El griego acero, con razon temido,
Perdió su fuerza en límites extraños;
Que contra el flaco imperio dividido,
El tiempo junta peligrosos daños.
Testigo es Roma, con piedad creído,
Y sus deshechos muros desengaños,
Que la corona, á su ambición sujeta,
El mundo ciñe, pero no le aprietta.

»Ocultos son del cielo los secretos,
Con que á otros tiempos reservados deja
La divina justicia sus efectos,
Que agora á nuestras lágrimas aleja.
Quedarse los sucesos imperfectos
No es materia de agravio ni de queja,
Si el que aparente á nuestros ojos hace
Con el fin prometido satisface.»

Apenas acabó su consejero
De proponer el caso peligroso,
Cuando enojado Alfonso, fué el primero
Que replicó con ánimo orgulloso:
«¿No sabes que el consejo verdadero
Será seguir el hado religioso,
Pues á pesar del tiempo y de la muerte,
Es su poder inevitable y fuerte?»

»Si á Nápoles el cielo me destina
Por justa ley de su decreto eterno,
Y el duro cuello su poder inclina
Con larga servidumbre á mi gobierno,
Presto verán con trágica ruina
Sus campos en los brazos del invierno,
En vez de iguales surcos, cultivos
Violentas invasiones de caballos.

»Roma se descuidó, y el mar Tirreno
Tantos piratas libres ocuparon,
Que el sacro Tíbre, de violencia ajeno,
Con remos insolentes azotaron;
Y al fin del mar el inconstante seno
Sus leños vencedores navegaron,
Formando el gran Pompeyo en sus arenas
Selva extranjera de árboles y entenas.

»Entre Aragón y Francia, tan pequeña
Rayó los montes ásperos divide,
Que un breve arroyo, parto de una peña,
De entrambos reinos la violencia impide;
Allí la antigua enemistad enseña
Qué debo hacer en lo que Italia pide,
Cuando este brazo su inquietud detiene
En la cabeza helada de Pirene.

»Si agora le consiento al enemigo
Vibrar el asta en posesión ajena,
Mañana osado intentará conmigo
Romper de España la neutral cadena.
De empresas atrevidas el castigo
Corrige el hierro y el furor enfrena;
Y en sangre envueltos guardarán, si puedo,
Armas á Hesperia, y á Pirene miedo.»

Con públicos aplausos satisfecho
Quedó el glorioso acuerdo que esperaban,
Y amando todos el comun provecho,
Con muestras animosas le ayudaban.
En el turbado viento, á su despecho,
Armas, estruendo y voces resonaban,
Y el eco por el seno de los valles
Volvió las nievas que escuchó á las calles.

Ya moderaba la perpetua lumbre
Del largo día las prolijas horas,
Y el año con pacífica costumbre
Lograba sus espigas vencedoras;
De blancas mieses la nevada cumbre
Crecía entre las hoces labradoras,
Cuando sus velas, admirado el día,
Entre salados montes descubría.

No dejó tan contento el hospedaje
El huésped fugitivo de Cartago,
Y á la homicida reina en el ultraje
Que el casto lecho recibió por pago,
Como emprendió de nuevo su viaje,
Cortando el fiero y proceloso lago,
El hijo de Fernando, en cuya diestra
El cielo ofrece generosa muestra.

Al mar que la Calabria ciñe y baña,
Los remos mueven presurosa guerra
En casi el mismo estrecho que de España
Furioso aparta la africana tierra;
Y el viento que las ondas acompaña
Con blando soplo, su temor destierra,
Y alegres de Gaeta divisaron
El puerto, que seguros ocuparon.

Las armas desembarcan y soldados
Con presta furia y militar concierto;
Tiemblan los fuertes muros levantados
Y el ancho mar en recogido puerto;
Y para resistir de los cercados
El presto daño y natural acierto,
Los hierros ejercitan, que en la guerra
Descubren las entrañas de la tierra.

Cupo al navarro la encumbrada parte
Que el Norte ciñe y riguroso mira,
Y en ella diestramente se reparte
La gente, que al asalto breve aspira;
Ya con furor violento, ya con arte
Quiere acercar la que jamás retira
De las espesas nubes, que deshechas
Parieron rayos en volantes flechas.

Enrique y Pedro intrépidos cercaron
El sitio que banaba el Mediodía,
Y en mengua de sus armas comenzaron
Con excesivas muestras de osadía;
Trincheas y defensas levantaron
Con tal destreza y bélica porfía,
Que recelar su perdición pudiera
El alto muro con la luz primera.

Su blanco rostro la inconstante diosa
En las cambiantes aguas retrataba,
Y el mar dormido con quietud ociosa
En brazos del silencio reposaba;
Y en medio de la sombra temerosa
La hurtada luz los montes coronaba,
Mirando con los ojos celestiales
De amantes ciegos adorados males.

Medroso olvida el tímido ganado
Del verde prado la risueña fuente,
Y del arroyo manso despenado
Murmura miedo la veloz corriente.
El sueño rinde al rústico cansado,
Y blando llama la soberbia gente,
A quien los ricos lechos se aperciben
Y entre algodones cándidos reciben.

Cuando las centinelas, que velando
Por una y otra parte se tenían
Las soñolentas horas paseando,
Dañosas asechanzas prevenían;
Las unas ver los muros procurando,
Las otras sus defensas oponían,
Y á veces las pérdidas se encontraban
Cuando mas de las sombras se fiaban.

Allí el silencio, la ocasión y el arte,
Forzosos consejeros de la guerra,
La furia templan del airado Marte,
Que todo estruendo militar destierra.
Si el muro rondas sin dormir reparte,
Alfonso rompe su vecina tierra,
A todos ocultando sola y muda
La obscura noche con igual ayuda.

CANTO II.

ARGUMENTO.

Prosigue Alfonso el sitio de Gaeta,
Y Laura, de Gerardo enamorada,
Con el combate y la ocasión secreta
Descubre mal herida en la escacada.
Llega al cumano templo, y su perleta
Fábrica mira Enrique, y la morada
De la Sibila; Alcimedonta en pago
Le muestra en sueños el averno lago.

Apenas los umbrales de la puerta
Pisó de Oriente la lumbrera de oro,
Y al blanco día sin parar despierta
De fuentes y aves el alegre coro,
Cuando el piadoso Alfonso, que concierta
Amor y miedo con igual decoro,
A la cercada gente con el día
Un fiel heraldo diligente envía.

Haciendo pues la seña acostumbrada,
Ligero toca el prevenido muro
Por darle su pacífica embajada,
Fiado solo al natural seguro;
Y con voz atrevida y sosegada,
Nacida en pecho juvenil y duro,
Así les dijo al tiempo que de aceros
Los muros coronaban sus guerreros: